Vencida

Hope Tarr

Vencida



Libros de seda

Vencida

Serie: *Los hombres de Roxbury House.*

Título original: *Vanquished. The Men of Roxbury House.*

© Hope Tarr
© de la traducción: Rosa Fragua Corbacho

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.
Paseo de Gracia 118, principal
08008 Barcelona
www.librosdeseda.com
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta y maquetación: Germán Algarra
Imagen de la cubierta: © Alinari Archives/CORBIS

Primera edición: abril de 2013

Depósito legal: B. 8549-2013
ISBN: 978-84-15854-00-5

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

A mi madre, Nancy Louise Tarr,
por su apoyo firme y su incondicional
amor de madre, con mucho cariño.

Agradecimientos

Vencida fue el primer libro que publiqué tras un paréntesis de tres años en mi actividad como escritora de novela romántica, así que, para mí, representó un renacer en todos los sentidos, tanto en lo profesional como en lo personal. Como siempre que se vuelve a algo que se ha dejado, escribirlo comportó también que me pasara más de una noche en vela y un tiempo con cierta inseguridad, que a veces se hacía dolorosa. Sin embargo, no sería justo por mi parte olvidarme de agradecer a las siguientes personas, amigos y colegas, todo el amor, el apoyo y el ánimo que me brindaron. Y antes que nada, me gustaría expresar mi mayor agradecimiento a Earl Pence. Diecisiete años de firme y cariñosa relación no suceden por casualidad y los maravillosos recuerdos surgidos en todo este tiempo son mucho más de lo que el corazón de un escritor puede albergar.

Muchas gracias, con todo el cariño, a mi madre, Nancy Louise Tarr, por haber sido siempre ese puerto seguro en el que amarrar, por darme ánimos y por su amor incondicional. Siempre ha estado ahí cuando más lo necesitaba.

Gracias a Marvin y Clara Pence, mi segunda familia. Os echo de menos mucho más de lo que soy capaz de expresar con palabras.

Mi más cálido agradecimiento para mi mejor amiga, Lisa Davila, por hacerme reír y, a ratos, dejarme llorar, así como a Susan Shaver y a Nancy Greer por ser las mejores colegas de este planeta.

También quiero dar las gracias a Terri Wright (que escribe con el seudónimo de T.A. Ridgell), Lori Pepio, Pamela Moniz, Paul Lewis,

Karen Derrico, Carole Bellacera y Christopher Whitcomb por entenderme como solo otros escritores pueden hacerlo.

Muchas gracias a Kathy Liu, lectora de romántica, por su inestimable ayuda a la hora de responder a mis preguntas acerca del movimiento sufragista en Londres. Y dicho esto, cualquier error al respecto que haya en este libro es enteramente culpa mía.

Finalmente, quisiera dar las gracias a mis editoras de los diversos países en los que *Vencida* ha visto la luz, por creer en la historia de amor de Hadrian y Callie.

Libros de seda

Prólogo

«En primer lugar, debo afirmar que resulta evidente que la prostitución existe, y florece, porque también hay una demanda del servicio que se oferta.»

William Acton, *La prostitución, vista desde sus aspectos morales, sociales y de salud*
2ª Edición, 1870.

Covent Garden, Londres
Invierno, de 1875

Una nueva ráfaga de viento frío se abrió paso a través de la escasa ropa del muchacho, dibujando en su semblante un temblor que lo recorrió de la cabeza a los pies. La nieve que le caía sobre la piel agrietada no le ayudaba mucho. Aquellos grandes copos, que a primera vista parecían suaves como plumas, le picaban como si fueran ortigas cuando le llegaban a la piel. Si seguía así, cuando amaneciera estaría completamente empapado... Eso si no se moría antes de frío.

Todavía no eran las siete en punto, pero para Harry Stone su miserable situación hacía que le pareciera ya medianoche. Se refugió bajo

la columnata porticada de San Pablo, contemplando la escena con los ojos brillantes por el frío. La plaza, que pocas horas antes bullía de actividad, estaba casi desierta, con las farolas de gas titilando y dando un brillo aceitoso a los porteadores que acarreaban de aquí para allá las frutas y verduras que todavía quedaban por recoger. Tan pronto como desapareciera el último de ellos, Harry se adentraría en el oscuro mercado y rebuscaría entre los puestos vacíos en busca de algo que llevarse a la boca. Pero, de momento, tenía que esperar.

Deslizó una de sus frías manos dentro del abrigo, en busca de su botellita de ginebra. Tenía los dedos paralizados por el frío, pero aun así la abrió, se la acercó a los labios y la apuró de un trago, dulce y largo. Con un hombro apoyado contra la columna, saboreó el licor que le calentaba las entrañas, verdadero antídoto para resistir la miseria, fuera del tipo que fuese, al tiempo que iba grabando en su mente imágenes de lo que veía, igual que una cámara fotográfica. Llamaría a las fotos *Noche nevada en la plaza de Venus*. Sí, esa es la foto que habría tomado de haber tenido su cámara consigo... Pero no, esta no había sobrevivido al último choque.

Con sus pensiones y sus baños turcos, sus teatros y sus casas de juego, se decía que Covent Garden era el barrio de la ciudad donde había más putas. Harry lo sabía de sobra, pues su madre era una de ellas.

Sin embargo, no quería pasarse la vida mendigando... O al menos no siempre. Algún día, de alguna manera, intentaría ahorrar lo suficiente para comprarse una cámara fotográfica, esta vez una de verdad, y establecerse como fotógrafo. Sería como su ídolo, Roger Fenton, cuyas fotos documentales sobre la guerra de Crimea habían dado la vuelta al mundo. Él tomaría grandes fotos, fotos importantes, fotos que te hicieran sentir que veías las cosas de una manera distinta, como nadie antes nunca lo hubiera hecho.

Pero más que una escena estática, lo que de verdad le apetecía fotografiar con su ojo certero era gente. Personas. *Oda a la gente de la sombra*, la titularía, y su colección de fotografías no dejaba de crecer en su mente. Ya sabía cómo serían, había oído hablar de ellas o podría

documentar sus historias. Polly *la Sifilítica*, alta y rubia, a la que llamaban así porque tenía una llaga a un lado de la boca que nunca parecía curarse. María, aquella italiana bajita y bonita que, con ayuda de una esponja empapada en vinagre, se las apañaba para aparentar que tenía el himen de una virgen cada noche. Y luego estaba Randy Roger, tan solo unos años mayor que Harry pero que aparentaba tener más cuarenta que veinte a consecuencia del opio, del que nunca parecía fumar bastante. Le gustara o no, Harry era ahora uno de ellos, era parte de las sombras de aquel lugar.

Autorretrato de un muchacho apoyado en una columna. Con la cabeza ladeada, los hombros encogidos, las manos en los bolsillos... todo lo que le rodeaba le decía que mejor estar en cualquier otra parte que allí. Aquella no era la escena de un retrato, no era una fotografía en realidad, pues no se le veía la frente, cubierta por unas greñas rubias, y solo se sugería su nariz bien perfilada y se adivinaba la punta de una barbilla cuadrada. Aquellos eran rasgos que tenía en la memoria y que parecían hacerse más borrosos con cada día que pasaba.

Harry no se había mirado en un espejo desde hacía más de un año.

Antes, echar un vistazo a su reflejo no había sido una costumbre, sino más bien una ocurrencia inevitable, consecuencia de haber crecido en el Palacio del Placer de madame Dottie, donde había más espejos que jerez o champán y por supuesto eran más abundantes que las buenas comidas, que solo tenían lugar en las ocasiones especiales o cuando llamaba algún cliente importante.

Grandes espejos de marcos dorados cubrían casi todas las paredes; también había espejos que colgaban del techo de las habitaciones donde las mujeres como su madre entretenían a sus «invitados». Además, también estaban los espejos que su amiga Sally colocaba para verlo a él. Por fuera, parecían espejos como cualquier otro, pero por detrás, una vez colgados tapando algún hueco en la pared, permitían ver lo que sucedía en la habitación desde la estancia de al lado. Cuando preguntaba para qué querría alguien ver lo que pasaba en la otra habitación, o que otra persona lo viera, Sally se echaba a reír y le explicaba que las personas, en

general, podían clasificarse en tres grupos: los que hacen, los que miran y aquellos a los que les apetece hacer cualquiera de las dos cosas de vez en cuando. En aquel entonces, Harry no entendía nada de todo aquello.

Pero ahora sí.

El ruido que le hacían las tripas lo devolvió a la realidad. El último carro de verduras se estaba marchando. Por fin tenía vía libre cuando observó a un hombre alto con chistera y sobretodo que cruzaba por en medio de la plaza vacía.

Con el corazón latiéndole a toda prisa, se apartó de la columna y corrió por los escalones resbaladizos hasta la calle. Plantándose en medio de su camino, levantó la vista para mirarlo a la cara. La tenía como embotada.

—Por favor, ¿tendría una moneda para que este pobre muchacho pueda cenar esta noche? —se forzó a decir, con los labios tiesos por el frío e intentando esbozar una sonrisa.

El hombre no sonrió, sino que lo miró con desdén y unas cejas espesas que marcaban un inconfundible ceño fruncido. Con sus fieros ojos y pétreas facciones, a Harry le recordó a uno de aquellos metodistas hacedores del bien, el tipo de individuos que predicaban contra los demonios del alcohol en las esquinas de la calle East End y que repartían sopa, y no mucha, en la misión cristiana de la carretera de Whitechapel. Sin embargo, bajo su aspecto piadoso, Harry podía sentir su ansia, su hambre afilada, no muy distinta de la que veía en algunos de los mejores clientes de su madre. Cielo e infierno, santos y pecadores. Una línea muy fina separaba ambas categorías.

Entonces se fijó en el enorme bastón que llevaba, así como en la manaza que lo sujetaba, y dio un paso atrás.

—Lo siento, señor. Ya me iba.

Se dio la vuelta para echar a correr, con la esperanza de perderse entre la maraña de cajas y cubos de basura que allí había.

—¡Espera, espera!

Y desde atrás sintió cómo una enorme mano enguantada asía su hombro con fuerza.

Aterrorizado y enfadado a partes iguales, Harry se dio la vuelta.

—¡Eh, oiga! ¡Déjeme! Ya le he dicho que lo sentía.

El hombre apartó la mano.

—No te asustes, muchacho. No voy a hacerte daño. Solo quiero hablar contigo.

Aquellos ojos le resultaban sagaces, aunque no desagradables.

Harry observó al hombre de ancha espalda de arriba abajo, desde un ángulo un poco inclinado. Tanto su abrigo como su sombrero eran de calidad, y la empuñadura de su bastón parecía de oro.

—Muy bien —dijo al fin—, pero mi tiempo le costará dinero.

La dureza del rostro de aquel hombre desapareció, aunque Harry no sabía decir si era por pena o por disgusto. Con un suspiro, el caballero se llevó la mano al bolsillo interior del abrigo.

—¿Será esto suficiente?

Entonces se sacó un billete de cinco libras de la cartera y se lo tendió. ¡Un billete de cinco libras! Harry se quedó con la boca abierta.

—Sí, se-ñor —respondió entre balbuceos, al tiempo que cerraba la boca y se metía el billete en el bolsillo antes de que nadie pudiera verles.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

Harry dudó. Dar tu nombre a un desconocido, y más cuando en realidad todavía no sabías qué te iba a pedir, era jugársela.

—Eso depende de quien pregunte.

—Yo me llamo William —dijo el hombre.

El chico dudó un instante.

—Harry, me llamo Harry.

Sin embargo, no quiso decir su apellido, «Stone», el de su madre. No lo hizo por pragmatismo y por precaución. William, si es que era ese su verdadero nombre, tampoco le había dicho el suyo. Si las cosas se ponían feas, podría birlarle la cartera a aquel viejo caballero y salir corriendo sin que supiera cómo se llamaba, así que decirle su apellido hubiera sido una estupidez.

—¿Cuántos años tienes, Harry? —le preguntó el hombre mirándolo con ojos solemnes.

«Los suficientes» habría sido la respuesta que le hubiera dado a cualquiera, pero el modo de comportarse de William le obligó a decir algo distinto, a dar una respuesta más seria.

—Catorce, creo. Quizá quince. —Clavando la puntera de la bota en la nieve añadió—: No... No estoy muy seguro.

—¿No tienes padres? ¿Ningún pariente que pueda socorrerte? —preguntó el hombre con voz amable.

Harry no entendía muy bien qué era eso de «socorrerte», pero notó que empezaban a saltársele las lágrimas, y aquello no tenía nada que ver con el frío.

—Solo a mi madre, señor, y está muerta. —Entonces apartó la mirada bruscamente, avergonzado por aquella voz rota que le estaba saliendo, y añadió—: Murió de tifus.

Después de todo, el tifus era una enfermedad respetable, no como la sífilis, que te llenaba de pústulas rojas y hacía que acabaras loco como una cabra. Claro está que, con el oficio que había tenido su madre, también podría haber pillado la sífilis. Pero no, Sally le había asegurado que lo que se había llevado a su madre era el tifus, y aquella era la única mujer en este mundo en la que confiaba.

Después de todo, había que confiar en alguien.

—Ya veo —dijo William. Harry se obligó a mirarle a los ojos, aquellos ojos sabios y amables, y casi pudo creerse que así había sido—. ¿Qué te parecería si te dijera que, si vienes conmigo ahora, te ayudaré a encontrar un empleo en el campo, donde te darán buena comida, ropa limpia y tendrás un sitio donde dormir caliente?

—Se refiere a un asilo para pobres, ¿verdad?

Harry pateó la gruesa capa de nieve que cubría los adoquines, como si quisiera limpiarse aquella odiosa palabra de los labios. Todo el mundo sabía lo que eran, en realidad, aquellos centros: lugares terribles donde los niños trabajaban por el día y rezaban durante la noche, y donde les castigaban si no hacían alguna de las dos cosas con suficiente dedicación.

Una mirada de dolor cruzó el rostro curtido de William.

—Roxbury House no es un asilo para pobres, no se le parece en nada. Es un orfanato fundado y gestionado por la Sociedad de Amigos, los cuáqueros. Su misión es encontrar un hogar cristiano para muchachos que no lo tienen y apartar del pecado a quienes hayan caído en él, así como prepararlos para que tengan una vida productiva y sean personas temerosas de Dios.

Harry se encogió de hombros, aunque en su interior el corazón no dejaba de latirle con fuerza. «Qué demonios tendrá qué ver todo eso conmigo», se preguntaba.

—Ahora mismo, en el orfanato están buscando a un muchacho que pueda trabajar allí como asistente del encargado de mantenimiento de las pistas de deporte. El puesto te permitiría estar al aire libre y hacer ejercicio al tiempo que trabajas en el huerto y en la propiedad.

El único «aire libre» que Harry conocía era el de Londres, contaminado por el polvo del carbón y lleno de olores inmundos. En cuanto a lo de trabajar en un huerto, dudaba que él supiera diferenciar un rábano de un puerro. Sin embargo, cuando cerraba los ojos por la noche, la visión que acudía a su mente y le permitía dormir era la de amplios campos verdes y cielos azul cobalto; la de la leche con la nata flotando por encima, todavía caliente tras el ordeño; la de campos de manzanos donde un muchacho podía darse un festín de fruta con las manzanas de los árboles.

William se agachó hacia él, sin dejar de mirarlo a los ojos.

—¿Te gustaría ocupar ese puesto?

La nieve arreciaba y se iba acumulando sobre los hombros del abrigo de William, lanzando destellos plateados a la vista de Harry. Parecían de plata, sí, plateados, como las alas de los ángeles. Harry se quedó sin respiración sin saber por qué.

«¿Te gustaría ocupar ese puesto?»

¿Podría? Harry empezó a buscar en su interior, en su alma herida. Por fin, una oportunidad para empezar una nueva vida, para hacer algo limpio y bueno. ¿Acaso existían de veras tales oportunidades?

—Sí, señor. Creo que sí —respondió balbuceando, casi temeroso de creer que a él pudiera sucederle algo así.

—Bien, entonces esta noche vendrás a mi casa y mi querida esposa te preparará algo de cena. Mañana nos pondremos en marcha para que te encamines hacia una nueva vida.

Y sin decir más, el hombre se dio la vuelta y se dirigió hacia la calle James, mientras su bastón iba dejando marcas en la nieve según avanzaba. La escena le recordó a Harry una historia que le habían contado de pequeño, en la que un niño y una niña, perdidos en un espeso bosque, habían ido dejando un rastro de miguitas según avanzaban para que los encontraran más tarde.

«Quiero que me encuentren», pensó.

Con el corazón latiéndole a toda prisa, Harry echó a correr tras él. Las finas suelas de los zapatos que calzaba hacían que resbalara sobre la nieve.

—¡Espere! ¡Espere!

Tragándose el aire frío de la noche a bocanadas, Harry siguió corriendo, sin hacer caso de la música de violín, de las risas chillonas y de algún que otro grito de «agua va» que salía por las puertas de las tabernas y los burdeles frente a los que pasaba. Alcanzó a William en Long Acre, justo cuando subía a su carruaje, un vehículo lacado en negro que le pareció impresionante, no muy distinto de los que había visto frente al teatro de Drury Lane, de los que se apeaban los ricachones que asistían a las representaciones.

Antes de que el cochero con librea le diera con la puerta del carruaje en las narices, saltó hacia el interior del vehículo. Exhausto, cayó de espaldas contra el asiento de piel que estaba frente al de William.

El hombre lo miró con ojos serios e inquisitivos.

—Bien, Harry, me parece que no me equivoco al pensar que estás preparado para dejar atrás tu vida de pícaro, ¿a que no?

Antes de que pudiera responder, la puerta del carruaje se cerró. Al final sintió una pequeña vibración en cada centímetro de su tembloroso cuerpo.

Entonces William se acercó a él, pero solo fue para darle una manta de viaje y apuntar hacia dos ladrillos envueltos en franela que había

bajo su asiento. Envuelto en la cálida manta de lana, con los pies sobre aquellos ladrillos calientes, Harry echó la cabeza atrás y la apoyó sobre la superficie de piel. Inhalando aquel confortante olor a cuero, puros y ron de malagueta, se quedó dormido. Cuando abrió los ojos, el carruaje se había detenido y un brazo fuerte y a la vez amable le zarandeaba con suavidad para que se despertara.

Se desperezó y se sentó erguido, horrorizado al darse cuenta de que se había dormido frente a un desconocido.

—¿Dónde? ¿Dónde estamos?

A William no pareció ofenderle su actitud, o por lo menos no lo demostró. Apoyándose en el respaldo de su asiento, agarró con su mano enguantada el mango de su bastón.

—En mi casa de Downing Street. En el número 10, para ser más preciso.

El 10 de Downing Street. ¿De qué le sonaba a Harry esa dirección? No lo sabía. Al sacar la cabeza por la ventanilla y contemplar aquella calle, tan tranquila y elegante, lo único que podía afirmar era que nunca antes había estado allí. Una mujer poco atractiva, de mediana edad, abrió la puerta delantera del carruaje antes de que William tuviera tiempo de pedirlo golpeando con su bastón. Cuando la mujer le quitó al hombre con un movimiento brusco el abrigo empapado y el sombrero y luego lo envió hacia la chimenea de la biblioteca, diciendo que acabaría con fiebre si no entraba pronto en calor, Harry dedujo que aquella debía de ser la «querida esposa» de la que William le había hablado. En cuanto a Harry, pronto se vio envuelto en un cálido edredón y sentado frente a la chimenea de la cocina, con un tazón de delicioso caldo y un pedazo de pan crujiente entre las manos. Después lo dejaron al cuidado de una muchacha rolliza y de cara amable que lo acompañó hasta su habitación tras subir por una gran escalinata. Aquella estancia olía a limpio. Era un olor tan maravilloso que, por un momento, se detuvo para disfrutar del aroma de la ropa de cama lavada y planchada. Aunque pensaba que no podría dormir al pensar en el giro que su vida acababa de dar, cayó exhausto en un profundo

sueño en el instante en que posó la cabeza sobre aquella almohada de plumas de ganso.

A la mañana siguiente, después de haber tomado un baño, haber desayunado bien y haberse puesto ropa limpia, aunque no fuera muy de su talla, se encontró en un andén de la estación de trenes Victoria, con un billete de segunda clase para Kent, que sujetaba en la mano apretándolo, como si tuviera miedo de perderlo.

—Dios Todopoderoso ama tanto al pecador como al santo —le había dicho William poco antes de subir al tren—. Sé buen chico, trabaja duro, ama al Señor y prosperarás.

En los últimos años, cuando Harry recordaba su primer y único encuentro con William Edward Gladstone, el por aquel entonces primer ministro del Reino Unido, lo hacía con alegría y una especie de temor reverencial. Aquel encuentro tan improbable, que se había producido en su vida en una amarga noche de invierno, cuando gobernaba el popularmente conocido como William del Pueblo, marcó el momento en que un muchacho llamado Harry Stone empezó a morir para dar vida a... Hadrian St. Claire.

Libros de seda

Capítulo 1

«La negación de mi derecho al voto como ciudadana es la negación de mi derecho a consentir como gobernada, la negación de mi derecho de representación como contribuyente, la negación de mi derecho a un juicio con un jurado compuesto por mis iguales como ofensora de la ley. Es, en definitiva, la negación de mi sagrado derecho a la vida, a la propiedad, a la libertad.»

Susan B. Anthony,
Los Estados Unidos de América contra Susan B. Anthony, 1873

Westminster, Londres
Febrero de 1890

¡Derecho al voto para la mujer ya! ¡Derecho al voto para la mujer YA!

Las voces de las manifestantes se elevaban cada vez con más fuerza, con mayor estridencia, o eso le parecía a Hadrian según cruzaba el puente de Westminster, mientras el viento tiraba de su gabán y su bufanda, amenazando con arrancarle el bombín de la cabeza. Saliendo de la abarrotada calle, sujetó con más fuerza su cáma-

ra, una Anschütz alemana con un obturador capaz de captar el movimiento en una milésima de segundo. Había puesto su equipo a prueba aquella tarde en el hospital de St. Thomas, fotografiando una anomalía médica recientemente descubierta. El pobre desgraciado había nacido con un escroto enorme, la piel llena de manchas tumorales y una parálisis crónica que cualquier otra fotografía habría mostrado como poco más que una mancha borrosa. A pesar de todo, emplear su habilidad para convertir a un ser humano en algo mejor que una atracción de circo no era lo que le gustaba a Hadrian. Los ojos tristes del enfermo y su paciencia para posar en las diversas y humillantes posturas que le pedían le hacían sentirse como la peor de las bestias. Muerto de frío, con los pies cansados y ganas de comer, no llegaría a tiempo a su estudio.

Si quería hacerlo, en primer lugar tendría que correr la baqueta para superar a todas aquellas sufragistas que habían tomado la calle donde estaba el Parlamento. Habían acampado allí hacía ya dos días y creado toda clase de problemas de paso para peatones y vehículos. Vestidas en tonos gris oscuro o en color negro, con aire muy serio, la cincuentena de mujeres que se manifestaban bajo aquella lluvia invernal hubieran sido tan fáciles de superar para una comitiva fúnebre como un grupo de políticos protestando, de no haber sido por los carteles que portaban y el alboroto que armaban. Especialmente por el alboroto.

«La señorita Caledonia Rivers hablará sobre la emancipación de la mujer... Caxton Hall, en Westminster... Mañana por la tarde... A las siete en punto.»

Esquivando el tráfico para cruzar a la otra acera, Hadrian no podía dejar de mover la cabeza. El hecho de que cualquier mujer que tuviese un techo y cuatro paredes entre las que vivir saliera a protestar así, a la calle, le resultó chocante. Le pareció una especie de perversa autoindulgencia, una estupidez solo comparable a callejear por los suburbios para repartir comida o visitar una prisión para ver cómo los convictos recogen estopa. No tenía paciencia para eso, ninguna, y cuando alguna mujer de ojos saltones tenía el descaro de plantarle uno de aquellos panfletos en las manos, que ya llevaba de por sí ocupadas, soltaba cual-

quier palabrota de las que se sabía de sus tiempos en Covent Garden y se escabullía en dirección a la entrada de la plaza.

Hadrian se dio cuenta de su error enseguida. Aparentemente, aquellas brujas, no contentas con llenar las aceras y entorpecer el paso, habían acampado incluso en el parque. Habían levantado una tarima en el centro del césped y otras tantas, también vestidas de negro, se afanaban por encender unas antorchas en torno a su perímetro. Para evitarlas, mantuvo la cabeza baja y miró hacia otro lado, allí donde se veía una puerta de hierro.

El estruendo que provocó el silbato de un guardia desde fuera de la valla del parque hizo que, instintivamente, se diera la vuelta en redondo y, por casualidad, se topara con el suave cuerpo de una mujer.

—¡Oh!

Hadrian miró consternado hacia abajo. La mujer contra la que había chocado y a la que había hecho caer estaba allí, tirada a sus pies, con el sombrero de plumas ladeado y las faldas revueltas. Sobre la hierba escarchada, a un lado, yacía una carpeta de piel abierta, abarrotada de papeles.

Hadrian se agachó junto a ella.

—Señora, ¿se encuentra bien?

Soltó la cámara y le pasó un brazo por debajo de los hombros.

La mujer rechazó su ayuda con un manotazo. A pesar de que su rostro aparecía oscurecido por un velo de sombrero completo y enmarcado por unas gafas de alambre, sus ojos verdes centelleaban.

—Señorita, en realidad —apostilló la joven, al tiempo que se abría paso con un codazo y se alisaba de inmediato la falda, aunque no antes de que Hadrian pudiera percibir bajo la tela unos preciosos tobillos—. Y sí, estoy bien. Y estaría mejor si usted se fijara en por donde pisa —le espetó.

Con el sombrero de plumas medio roto, se arrodilló y se puso a recoger los papeles que se le habían caído.

Para Hadrian, la cortesía era algo innato cuando se trataba de una mujer, uno de los pocos valores que tenía, y el único que le convertía en un caballero de hecho, aunque no lo fuera por nacimiento. Así pues, en

lugar de seguir discutiendo, argumentando que ella tampoco se había fijado en por dónde iba, alargó la mano para ayudarla a recoger los papeles.

—Permítame, por favor —le dijo.

Bajo el peso de aquel horrible sombrero, la mujer consiguió erguir la cabeza.

—Creo que por hoy ya me ha ayudado bastante.

No había acabado de decir estas palabras cuando, de repente, se levantó un aire endemoniado y esparció sus papeles a los cuatro vientos.

De nuevo, se agachó para recogerlos.

—¡Mis papeles! —gritó, al tiempo que se levantaba la falda y echaba a correr por el parque. Entonces volvió la cabeza y dijo—: Vamos, no se quede ahí pasmado. ¡Haga algo!

Rogando por que su cámara fotográfica siguiera en el mismo sitio a su vuelta, Hadrian la dejó y echó a correr tras ella. Con aquel espantoso viento en contra, consiguió rescatar una hoja de un barrote de hierro y atrapó otra al pie de la estatua de Benjamin Disraeli. Ante la insistencia de la dama, alcanzó dos hojas más que se habían quedado enganchadas en lo alto de la copa de un roble, con el que se arañó. Corto de resuello, lleno de arañazos y luciendo un desgarrón en el abrigo, se metió los últimos papeles que había conseguido atrapar y se bajó del árbol. Al saltar al suelo, miró con atención la plaza en busca de su víctima, pero parecía como si se hubiese esfumado.

Cuando estaba a punto de abandonar y continuar su camino, la vio, gateando y enterrada tras unos bancales de boj. En pie, tras ella, la tocó con suavidad en la espalda.

—¿Qué demonios cree que está haciendo?

—Recogiendo mis papeles, por supuesto —dijo ella con una voz apagada que llegaba desde debajo de las ramas.

Salió de su escondite, con las plumas a media asta y sujetando con un guante mugriento una maraña de papel de vitela.

Esta vez sí aceptó sin quejarse la mano que él le ofrecía. Cuando ambos estuvieron cara a cara, él se dio cuenta de que era alta, aunque no superaba su más de metro noventa de estatura. La novedad de mirar a

una mujer a los ojos le llevó a fijarse con más detalle en ella a través de su velo. No era una gran belleza, pensó, ni tampoco una jovencita inexperta. Arriesgándose a hacer un pronóstico, pensó que tendría unos treinta, quizás uno o dos años más que él, una solterona, a juzgar por el apelativo «señorita» y su triste vestimenta. Aun así, aquellos ojos tan vivos que brillaban bajo unas pestañas negras le resultaban expresivos y fascinantes, además de que su boca carnosa y las formas suavemente angulosas de su mandíbula completaban un retrato bastante agradable.

Atrapado en esa mirada, fue la tos discreta de ella la que le recordó que tenía un montón de papeles en el bolsillo.

—Creo que aquí están todos —dijo él dándoselos.

—Gracias —repuso ella, tomándolos de su mano.

Al agarrar los papeles, las puntas de sus dedos enguantados rozaron los de él, de manera que su calor le llegó hasta lo más profundo y despertó su deseo. Mientras ella guardaba los papeles en la cartera que llevaba, se dio cuenta de que se había manchado el abrigo de barro y hojas secas.

—Por Dios, estoy hecha un desastre —dijo, tratando de limpiarse con un guante que, en realidad, estaba sucio—. Es que no hay manera de que me acuerde de llevar siempre un pañuelo en el bolso.

Hadrian buscó en sus bolsillos.

—Aquí tiene el mío —dijo apretándolo sobre la palma de la mano de ella y, una vez más, sintiendo ese calor tan peculiar que aquella mujer encendía en él.

La joven aceptó con una graciosa sonrisa y se puso a limpiarse.

—Gracias... otra vez.

Enderezándose completamente, le devolvió el pañuelo.

Hadrian estaba de buen humor y negó con la cabeza.

—Quédeselo. De veras, es lo mínimo que puedo hacer después de haberla poco menos que arrollado.

Ella se echó a reír y, al hacerlo, Hadrian oyó un airoso tintineo que le hizo pensar en las campanillas que su casera insistía en colgar en la puerta trasera de su casa.

—Muy bien... Como guste.

Ella se guardó el pañuelo de hilo en el bolsillo del abrigo y se volvió con la intención de marcharse. Pero entonces se detuvo para mirar atrás.

—Cuidado, no pierda «sus» papeles.

—¿Mis papeles? Oh, vaya.

Por todos los santos, se había dejado su mejor cámara fotográfica y casi se había olvidado de ella. ¿Qué demonios le estaba sucediendo? Mientras echaba a correr para recuperarla, pensó en su apartamento, en el que tan solo le esperaba su gato, y, de repente, se dio cuenta de que no tenía tantas ganas de irse a casa. O, como mínimo, de que no le apetecía hacerlo solo.

—¿Sabe?, no siempre soy un zoquete —le gritó, pensando a toda prisa en algo que decir para retenerla un poco más allí.

—¿Cómo? —dijo ella, todavía a pocos metros de distancia y acercándose la mano a la oreja para oírle mejor.

—He dicho que no siempre soy un zoquete.

—Vaya —dijo ella, tras detenerse a medio paso, como si estuviera pensando en lo que acababa de oír—. Bueno, la verdad es que yo tampoco suelo comportarme como si fuera una anciana.

Con su cámara en mano, corrió hasta acercarse a ella dando tres zancadas ridículas.

—¡Dichosas manifestantes! Ocupan toda la maldita calle, como si cada adoquín y cada estatua fueran suyos, y se dedican a esparcir por ahí esa basura de folletos a todas horas molestando a todo el que pasa. Por eso crucé por el parque, para evitarlas.

Ella asintió con una bonita sonrisa en los labios, rosados y carnosos, mientras contemplaba el espacio que les rodeaba.

—Pues me temo que no ha tenido éxito en su intento.

—Sí, es cierto. No lo he conseguido.

Hadrian echó un vistazo por encima de su hombro y se percató de que ambos eran el centro de no pocos cuchicheos y miradas. Su loco arranque había ofrecido a los demás un espectáculo bastante divertido.

En general, darse cuenta de algo así le hubiera puesto de mal humor y, sin embargo, en esta ocasión ni siquiera le importó.

—Hay una tetería justo al volver la esquina. ¿Me permite enmendar lo sucedido invitándola a tomar una taza de té? —se oyó decir.

Ella negó con la cabeza. Parecía adorablemente tímida y mucho más joven de lo que había apreciado en un principio, cuando estaba todavía enfadada y con los labios apretados.

—No hace falta. Además, tengo... una cita que atender.

Ah, sí, claro, la cita a la que llegaría tarde por su culpa. Un hombre como es debido aceptaría la derrota y la dejaría marchar. Sin embargo, al imaginarse lo espléndida que estaría sin todas aquellas horribles ropas que ocultaban su cuerpo, en su cama, solo cubierta por una sábana, pensó que valía la pena insistir.

—Va a llegar tarde de todos modos. ¿Por qué no pospone su cita, por lo menos hasta que haya entrado en calor?

Ella movió la cabeza, provocando con ello que las plumas de aquel sombrero roto que llevaba se movieran como una vela retorcida.

—No puedo. De verdad, tengo que marcharme.

La firmeza con que lo dijo le hizo comprender que en esta ocasión había ido demasiado lejos y que, ahora sí, ella quería irse.

—Bien, de acuerdo. Quizá volvamos a chocar alguna otra vez.

Hadrian se puso entonces a buscar una tarjeta de visita en el bolsillo de su americana, como si quisiera, a su vez, que ella le dijera cómo se llamaba.

—Sí, puede —dijo ella, aunque pudo ver en sus ojos que no había esperanza de que tal cosa sucediera.

La mujer se volvió para marcharse y Hadrian supo que no tendría otra oportunidad de verla. Esta vez sí, el adiós parecía definitivo.

Antes de que pudiera dar un paso, una mujer bajita y rechoncha, con el pelo canoso y una bufanda de caballero enrollada alrededor de su corto cuello, se apresuró a interceptarla.

—Gracias a Dios, Callie. ¿Qué te ha pasado? Estaba fuera de la puerta de la verja y acabo de enterarme de lo que ha pasado.

Bajo su velo, Callie se sonrojó.

—Cálmate, Harriet. Estoy bien. Me he caído y los papeles que llevaba en la cartera salieron volando por ahí, eso es todo —dijo, dejando escapar una mirada tímida hacia Hadrian—. Por suerte, este caballero me ha ayudado.

Tras sus gafas de pasta, los ojos saltones de Harriet se dirigieron a la funda de la cámara que Hadrian llevaba en una mano.

—No sé en qué clase de periódico trabaja usted, señor, pero si su idea es levantar un escándalo y destrozar el nombre de la señorita Rivers a base de acosarla y fotografiarla así, con este aspecto, será mejor que se lo piense dos veces.

Desprevenido, Hadrian se sorprendió cuando desde la cercanía de la tarima alguien con un megáfono en la mano empezó a hablar.

—La señorita Caledonia Rivers va a decir unas palabras. Cinco minutos, señoras. Cinco minutos...

Callie Rivers. Caledonia Rivers. Justo en ese momento, Hadrian se dio cuenta. La misteriosa mujer era una de ellas... ¡una sufragista! ¡Y no era una sufragista cualquiera, sino su líder! Mirándola bajo una nueva perspectiva, se dio cuenta del abrigo de solterona que llevaba, de aquel sombrero horrible que lucía como tocado y de la cartera en la que guardaba sus «importantísimos» papeles. Se preguntó entonces cómo una sonrisa bonita y un par de tobillos bien torneados habían logrado convertirlo en un idiota total.

La miró. Se sentía como si alguien acabara de darle un bofetón.

—Así que esta era la cita a la que tenía tanta prisa en llegar, ¿verdad?

—Pues sí —dijo ella, primero asintiendo con brusquedad y luego de la manera más correcta posible, como si estuviera en medio de un asunto de negocios.

Ahora que su sorpresa inicial se estaba desvaneciendo, podía tomar conciencia de lo irónico de su situación. Resulta que la primera mujer que le había llamado la atención en muchos años era nada menos que la laureada campeona de una causa que él aborrecía.

—Para que no quedemos como extraños, permítame que le diga cómo me llamo: mi nombre es St. Claire, Hadrian St. Claire.

Para entonces, ya había encontrado una de sus tarjetas de visita y la sorpresa inicial se le había pasado. Le dio la tarjeta.

—No soy periodista. Soy fotógrafo. Mi estudio no queda lejos de aquí, en Great George. Mi especialidad son los retratos.

Ella se guardó la tarjeta de visita en el bolsillo sin mirarle.

—Me temo que no me gusta mucho que me fotografíen —dijo.

—Pues es una lástima. Resulta usted de lo más intrigante —replicó Hadrian, que, como no tenía nada que perder ahora que sabía quién era ella y a qué se dedicaba, y, por supuesto, tenía claro que no iba a interesarse por alguien así, la miró directamente a aquellos bonitos ojos, ahora mortificados, y añadió—: Debería haberla reconocido de los grabados de los periódicos, aunque la verdad es que no le hacen justicia. Es usted mucho más bonita y más joven de lo que pensaba.

Bajo su velo, pudo ver cómo las mejillas se le sonrojaban y pasaban del rosa pálido al fucsia. A pesar de eso, Callie le sostuvo la mirada.

—Creo que quiere burlarse de mí, señor.

—En absoluto, señorita. Si hay alguien aquí de quien puedan reírse, ese soy yo —dijo él mirando a un grupo de jovencitas que no les quitaban los ojos de encima y se reían en cuchicheos, tapándose la boca con los guantes.

Harriet lo atravesó con una mirada afilada antes de darle la espalda.

—Vamos, Callie —reclamó la mujer, agarrando a su amiga del brazo y tirando de ella para llevársela.

—Señoras —dijo él saludando con su bombín a las dos, aunque fue a Caledonia Rivers a quien siguió con la mirada mientras esta se apresuraba hacia la tarima, con la falda llena de barro y aquel sombrero destrozado que iba perdiendo las plumas al viento según avanzaba.

Así que aquella era Caledonia Rivers, la portavoz de las sufragistas que llenaba los titulares de todos los periódicos. ¿Cómo la llamaba la prensa? Ah, sí, la «doncella de Mayfair». A diferencia de muchas de sus compañeras, cuya reputación rayaba los límites de la respetabilidad, Caledonia Rivers tenía fama de ser buena y virtuosa, aunque no lo suficiente como para flirtear un poco en un parque público. Menuda hipocritilla.

Él solo le había hecho un cumplido para torturarla y, aunque lo hubiera dicho de una manera indirecta, todo era cierto. La mujer de carne y hueso con la que había pasado los últimos minutos, escasos y deliciosos, poco tenía que ver con la amazona austera que salía en los periódicos.

En cuanto a eso de que fuera «doncella», era una lástima no tener la oportunidad de comprobarlo personalmente.

⁂ ⁂ ⁂

—La verdad, Harriet, es una pena que no te hayas dedicado a tu verdadera vocación. Tendrías que haber sido detective —le dijo Callie bromeando cuando ya se habían subido a la tarima, con el discurso hecho un desastre en una mano—. Supuse que lo que llevaba en esa especie de bolso eran documentos.

Harriet se encogió de hombros.

—Solo sé un par de cosillas sobre las cámaras fotográficas, eso es todo. De haber pensado con claridad, me habría dado cuenta de que ese tipo, que parece un modelo alemán, está muy lejos de ser uno de nuestros chicos de Fleet Street.

Callie ya conocía bastante bien por entonces a la mayoría de los fotógrafos de prensa, si no por su nombre, por lo menos de vista. Estaba bastante segura de que nunca antes había visto al señor St. Claire. No, pues de lo contrario lo habría recordado muy bien.

—Aun así, no me fío de él —siguió diciendo Harriet con el ceño fruncido—: Tiene una mirada lasciva.

Al recordar cómo aquellos ojos azules parecían querer desnudarla para dejar expuestas sus curvas no pudo evitar sonrojarse. Para cambiar de tema, tuvo que recurrir a bajar la vista hacia los papeles que se suponía estaba poniendo en orden.

—De verdad, me pareció un joven bastante agradable.

Sí, agradable, aunque también superior a los demás y con el malvado encanto de diez hombres juntos. Con su impresionante mirada, de-

jaba ver con claridad que era alguien acostumbrado a conseguir lo que quería de las mujeres. Pero dejando de lado las miradas y su encanto, no había motivo para que ella tuviera que coquetear con él. O quizá sí. Tal comportamiento, completamente inocente de su parte, resultaría peligroso. Se convertiría en carne de cañón para las crónicas sensacionalistas y eso la llevaría seguro a despertar a las lenguas más afiladas, incluso en el movimiento sufragista. Con el asunto del voto femenino a punto de llegar a la cámara de los Comunes a finales de mes, no había peor momento para arriesgarse tontamente. Desde que la prensa la había bautizado con ese estúpido calificativo, «doncella de Mayfair», sus enemigos de la oposición conservadora se fijaban en ella ahora mucho más que antes, decididos a pillarla en alguna situación escandalosa o, como mínimo, embarazosa. La verdad es que habían luchado mucho y habían logrado también mucho como para ahora dejarse pillar en un desliz. No podía defraudar las esperanzas de todas sus compañeras dejándose caer como una torre de naipes. Su mentora, la señora Fawcett; los miembros de la Sociedad Londinense para el Sufragio Femenino, de la que la señora Fawcett era la presidenta; las mujeres que desafiaban el frío tras los barrotes de las vallas de los parques, en definitiva, todos los que confiaban en ella para que les llevase a la victoria.

No podía ni debía dejarlos ahora.

Sin embargo, a pesar de todas esas consideraciones, lo cierto era que había pasado mucho tiempo desde que alguien, un hombre, le había dicho que era bonita.

✷ ✷ ✷

Tarareando una canción de baile, Hadrian caminó hacia el oeste, hacia el lugar donde la calle Bridge se convertía en Great George. Preocupado, pensando en Caledonia Rivers y en su rostro sonrojado bajo aquel velo, tomó el atajo habitual por el callejón que discurría por la parte trasera de su estudio. Entonces llegó hasta sus oídos el ruido de dos pares de fuertes pisadas, pero fue demasiado tarde. Volvió la cabeza para

mirar atrás y se topó con dos figuras enormes que le resultaban familiares. Se acercaban. La boca se le quedó seca al darse cuenta de quiénes eran: Sam Sykes y aquel cobrador de morosos, Jimmie Deans. ¡Mierda!

Atrapado, lo mejor que podía hacer era esconder su cámara fotográfica en el primer cubo de basura que encontrase y dar la vuelta para enfrentarse a ellos con la esperanza de que, una vez más, la suerte le acompañara.

—¿No iréis a decirme, muchachos, que habéis venido a que os haga un par de retratos, verdad? —dijo forzando una sonrisa, aunque lo cierto era que no dejaba de pensar cuántos dientes le dejarían en su sitio tras aquella visita.

Con los pulgares en los bolsillos, Sykes y Deans se detuvieron ante él, desafiantes.

—Primero borra esa estúpida sonrisa de la cara, St. Claire, antes de que lo haga yo —le advirtió Sykes—. Hace tres meses que expiró el plazo para que pagaras tus deudas y Bull quiere sus cuatrocientas libras o que le des otra compensación —dijo muy serio, llevándose la mano a la cabeza afeitada antes de añadir—: Conoces las condiciones de Bull tan bien como yo.

Bull, sí, Bull Boyle, ex boxeador y ahora propietario del emporio del juego Mad Hare, en Bow, un local en el que Hadrian lamentaba profundamente haber puesto el pie. En cuanto a las «condiciones», estaban claras: había que pagar con una libra de la propia carne por cada cien libras de dinero que no se hubieran devuelto en la fecha estipulada. Mirándolo en retrospectiva, Hadrian se decía ahora que eso era algo que debería haber tenido en cuenta antes de jugar, no una mano, ni dos, ni tres, sino hasta cuatro, al bacará contra la casa, a cien libras por partida. Y a crédito. Pero necesitaba el dinero para conseguir comida, un nuevo trípode para su cámara, pagar el alquiler de su estudio y, además, cubrir los gastos de los huérfanos de Sally, que dependían de él para llegar hasta la primavera.

—Dile a Bull que necesito dos semanas más, y que entonces le pagaré todo lo que le debo, y al doble de interés —dijo atrapado.

Sykes le escupió a los pies.

—Palabras, St. Claire. Lo tuyo son siempre palabras. Antes preferiría cortarte esa lengua tan fina que tienes que perder el tiempo escuchando ni una más de tus mentiras —escupió metiéndose la mano en el abrigo, que llevaba abierto, para sacar a continuación una navaja—. Jimmie, vamos, al trabajo.

Deans dio un paso al frente y, con una rapidez impresionante para alguien de su tamaño, sujetó a Hadrian y lo puso contra el muro de piedra.

—¿Por dónde empezamos, por las orejas o por la nariz? —le dijo enseñándole su cara de bulldog, tan cerca que Hadrian casi podía contar los pelillos negros que le salían de cada una de las fosas nasales y tocar los mocos que le caían con cada respiración.

Mientras sujetaba la navaja y el metal destelleaba con la escasa luz que allí había, Sykes se puso a pensar en lo que le había dicho.

—Vamos, decídete.

Oh, Dios, iban a trincharlo como si fuera un pavo de Navidad.

—Tendré el dinero, pero necesito tiempo —dijo Hadrian, con las gotas de sudor resbalándole por la espalda. Inspirado, añadió—: Pronto cobraré un encargo importante.

Sykes frunció el ceño y le acercó el filo de la navaja a la nuez de la garganta.

—¿Cómo de importante?

Hadrian se tragó la respiración mientras un calor pegajoso le bajaba por el cuello de la camisa.

—¿Qué dirías si te contara que voy a fotografiar al príncipe de Gales?

Como las mentiras a veces funcionaban, pensó que esta sería genial. Ojalá Sykes y Deans fueran lo bastante ignorantes como para no saber que una empresa londinense, la de John Mayall, tenía los derechos exclusivos para fotografiar a los miembros de la familia real.

—Pues diría que eres un mentiroso, eso es lo que haría.

—Como quieras, pero lo que sí es cierto es que no podré hacer muy bien esa foto si estoy en el hospital, ¿no te parece? Y quién sabe, quizá Bertie pregunte por qué no he podido hacerle la foto y, en medio del

delirio, puede que, por error, diga uno o dos nombres que lleguen a sus reales oídos, ¿lo entiendes ahora?

Deans, el más tonto de los dos, miró a Sykes para asegurarse.

—Nos está tomando el pelo, ¿verdad, Sam? No conoce al príncipe de Gales, ¿a que no?

Hadrian se encogió de hombros ahora que podía hacerlo, pues Sykes había retirado la navaja de su cuello.

—¿Quién dice que no lo haré, a ver? En cualquier caso, vosotros decidís, muchachos. Por supuesto, si no lo hago, no creo que Bull os dé las gracias por ser los responsables de que la policía le haga una llamadita. Y no hace falta hablar de lo que los muchachos que representan a la ley encontrarían si se dieran una vuelta por su local, ¿a que no? Y Bull, bien, no me extrañaría nada que decidiera ocuparse personalmente de obtener una o dos libras de carne por su cuenta —dijo, puntualizando cada vez con la mirada para que entendieran que cada libra vendría de uno de ellos.

Sykes escupió otra vez y se limpió los labios en la manga de la camisa mientras parecía pensar.

—Muy bien, St. Claire. Tú ganas, por ahora. Tienes dos semanas más, pero transcurrido ese tiempo... —le dijo antes de pasarse un dedo por la garganta, como recordándole que le cortaría el cuello si no pagaba.

Con la cara muy seria, Deans señaló hacia la cicatriz que le cruzaba el mentón.

—A Bull no le va a gustar.

—Dos semanas más y entonces tendrá que pagar quinientas libras, no cuatrocientas. Mientras tanto, le dejaremos que conserve los ojos y las orejas. Bull tiene otros tipos a los que cobrar —dijo Sykes, encogiendo los hombros y echando un ojo a Hadrian, para luego apuntarle a la cara con el índice—. Pero te aseguro, St. Claire, que volveré para cobrar, y, tengas o no tengas amiguitos en las altas esferas, pagarás o acabaremos contigo.

Hadrian los contempló alejarse por el callejón. Una vez hubieron desaparecido bajo la oscuridad del crepúsculo, que lo invadía todo, se

quitó el sombrero y se secó el sudor de la frente con la mano enguantada. En la distancia, alcanzaba a descifrar parcialmente el discurso que se oía a lo lejos.

—Distinguidos colegas... invitados, hermanas... hermanos.

A pesar del eco que levantaba el megáfono, parecido al que se oía en un túnel, se percibía con claridad una voz femenina, fuerte y segura. Era la voz de una mujer, de una líder.

La voz de Caledonia Rivers. ¿Quién se hubiera imaginado que tropezarse con aquella sufragista sería lo mejor del día?

* * *

Era ya casi de noche cuando Callie se subió a aquel podio improvisado entre los flashes de las cámaras de los fotógrafos de la prensa. Como siempre que se disponía a hablar, el estómago se le revolvía y empezaba a darle saltos como si se le hubiese llenado de mariposas. Incluso podía sentir el sudor humedeciendo sus manos por debajo de los guantes.

Aun así, sabía muy bien que en el momento en que se pusiera a hablar el nerviosismo desaparecería y tanto su mirada como su corazón conectarían con los de la multitud. En este caso, no es que hubiera una gran participación, y casi todos los allí presentes eran miembros de la Sociedad Londinense para el Sufragio Femenino y representantes de otras organizaciones, como la de Millicent Fawcett, que se había formado hacía poco, la Unión Nacional de Sociedades para el Sufragio Femenino. Pero de nuevo, tras aguantar durante dos días temperaturas gélidas y empapadas por la niebla, quizá las más convencidas necesitaban en estos momentos más inspiración que nadie.

Antes de empezar, dedicó unos minutos a colocarse bien las gafas que le habían prestado. Eran un accesorio, algo así como una muleta para quien no puede andar, que le permitía ver con claridad. Parecía una tontería, y lo sabía, pero, por alguna razón, el hecho de mirar al mundo desde detrás de aquellos cristales le hacía sentir como si estuviera protegida por una barricada y le daba confianza.

—Distinguidas colegas, invitadas, hermanas. Y hermanos —añadió, volviéndose hacia su amigo Theodor, Teddy Cavendish, que le sonreía y la saludaba desde el fondo de la multitud.

Al contemplar a la gente que la escuchaba desde la hierba, se dio cuenta de que muchos tenían la nariz enrojecida por el frío y la cara helada, así que pensó que sería mejor acortar su discurso. Cuando estaba a medio camino del texto, el megáfono demostró ser más un problema que una ayuda, así que se lo dio a Harriet y siguió hablando sin él, subiendo la voz.

Después de aquello, se pasó un buen cuarto de hora dando la mano a todas aquellas mujeres que habían venido para escucharla, damas de la alta sociedad y esposas de comerciantes, mujeres independientes y otras que no tenían un centavo, aparte de lo que les pudieran dar sus maridos. Mujeres que no habían trabajado ni un solo día de sus vidas y otras que se habían pasado la vida trabajando. Al final de todo aquello, tenía los dedos tan adormecidos que casi no podía sentir aquellas manos deseosas de juntarse con las suyas y la nariz le empezaba a moquear. Sin pensarlo, se metió la mano en el bolsillo en busca de un pañuelo pero, al encontrar uno de lino, recordó que no era suyo. Aquellas iniciales, H.S., bordadas en una esquina, se lo recordaron. Se lo volvió a meter en el bolsillo, sin usarlo, y dejó que las gotas que salían de su nariz se abrieran camino por su cara, agrietada por el frío.

La vicepresidenta, Lydia Witherspoon, fue la primera en felicitarla cuando bajó de la tarima.

—Buen discurso, como siempre, Callie. Pero, dígame, ¿se encuentra bien? Parece como si tuviera fiebre.

—¿De verdad? Seguramente será por el viento, además de por el café cargadísimo que Harriet me preparó para que no me quedara dormida a medio discurso —dijo. Deseando cambiar de tema, se volvió hacia su secretaria, que seguía ocupada recogiendo sus cosas, y, tan pronto como Lydia se fue, se acercó a Harriet y le comentó—: Me temo que ya no me queda voz para lo de mañana por la noche.

Harriet hizo una pausa mientras recogía. Levantó la mirada y sonrió ampliamente.

—Pues espero que la recuperes, porque creemos que van a venir doscientas mujeres o incluso más.

«Doscientas mujeres o incluso más.» Callie contuvo un suspiro. Ahora que había terminado el discurso, sentía un cansancio profundo que tiraba de ella y que iba más allá de una simple fatiga física. ¡Ojalá pudiera irse a casa y acurrucarse bajo las mantas con una taza de té y un libro, tal vez una de esas historias tontas y dulces que no leía desde que iba al colegio, cuando todavía creía en ideas como el «amor eterno» y el «felices para siempre». Pero esos días de ocio estaban fuera de su alcance, eran un capricho para el que, simplemente, no tenía tiempo. Antes de irse a la cama le quedaban todavía muchos asuntos que atender, así que no podía dedicarse a soñar con novelas ni guapos fotógrafos.

De repente, oyó que Harriet gemía y anunciaba:

—Oh, no, aquí viene.

De pronto, a Callie le dio un brinco el corazón y se le subió a la garganta. ¡Hadrian St. Claire había dicho que regresaría! Se dio la vuelta impaciente. Pero en lugar del atractivo fotógrafo, se encontró con Teddy caminando rápidamente hacia ellas, con su abrigo verde botella y los pantalones a cuadros, visible a la perfección en la penumbra.

Tragándose el desencanto, fingió una sonrisa.

—Teddy, te he visto antes. Gracias por haber venido.

—No me lo habría perdido por nada del mundo —dijo sonriendo y buscando sus manos para sujetarlas y posar un beso en cada una de ellas—. Por Dios, lo que has dicho sobre «romper el yugo de la servidumbre patriarcal» me ha impresionado de veras.

Por el rabillo de ojo, Callie pudo ver que Harriet le hacía señas con los ojos.

—Si me disculpa, esos carteles no se guardarán solos en las cajas si no lo hacemos nosotras.

—Me está encandilando, qué quiere que le diga —comentó Teddy cuando estuvo seguro de que Harriet no podía oírle.

Callie no pudo contener la risa.

—Yo de usted no contendría la respiración.

—¿Por qué no? ¿Qué hay de malo en mí?

Callie se permitió una breve y desleal mirada hacia su bigote, con las puntas enceradas de tal manera que se elevaban hacia lo alto como el manillar de una bicicleta. Cada vez que intentaba imaginarse besando la diminuta boca que se veía debajo, se daba cuenta de que, simplemente, no podría. En cambio, para besar a Hadrian St. Claire no tendría que hacer ningún esfuerzo. Pensar en cómo se sentiría si aquellos labios firmes presionaran los suyos hacía que se acalorase, y eso a pesar del viento frío que corría.

Completamente avergonzada, se llevó la mano al velo para comprobar que estaba en su sitio.

—No pasa nada. Es que nuestra Harriet es una mujer muy seria y le gusta que los demás nos comportemos como ella.

—Seamos serios pues, si esa es la forma de ganarse a la vieja bruja —dijo para añadir de inmediato—: Pero lo que de verdad me gustaría es ganármela a usted. No creo que tenga ningún inconveniente al respecto, ¿verdad?

—Oh, Teddy, pero si eso ya lo ha logrado. Le considero un amigo —contestó Callie, sin molestarse en dejar que se notase la exasperación en su voz por las muchas veces que le había pedido matrimonio. Ojalá pudiera darle una respuesta distinta. Pero no podía.

A pesar de su gusto por los colores chillones y sus formas decadentes, Teddy podría ser en muchos sentidos el compañero perfecto, tranquilo y sin complicaciones, y, sospechaba, alguien que estaba tan solo como ella. Lo más importante era, además, que no había nada de cruel en él. Y aunque temía que lo que más le gustaba de implicarse en el movimiento sufragista era que eso irritaba al puritano de su padre, su apoyo era sincero e incondicional.

Como siempre, se tomó su negativa de buen grado.

—Entonces, como «amigo» espero que me permita visitarla en su casa antes de que la muerte la atrape —dijo. Y volviéndose con seriedad añadió—: Querida amiga, dejemos a Harriet con todo esto. Creo que ella se las puede arreglar perfectamente sin usted y, sobre todo, sin mí.

Aliviada porque el momento más difícil había pasado, Callie se dejó convencer.

—En ese caso, de acuerdo.

Se colgó de su brazo y ambos caminaron hasta la esquina de la calle, donde al poco Teddy paró un coche. Callie se recostó sobre el desgastado respaldo de piel y cerró los ojos, sin hacer caso de las instrucciones que su acompañante daba al cochero y dejando que la arropase colocándole una manta sobre el regazo.

—Eres tan bueno conmigo, Teddy —le dijo bostezando sobre el guante y pensando que, aun así, en la vida debía de haber algo más.

Inesperadamente, un rostro de cálidos ojos azules se abrió paso entre sus pensamientos, y a ellos se unieron una nariz fina y fuerte, una mandíbula angulosa con una barba rubia de dos días y una boca firme y masculina.

«Vaya, Callie. Siempre quieres más. ¿No ha sido eso lo que ha acabado por llevarte a la perdición?», se dijo.

Se forzó a mirar de nuevo a Teddy, que seguía sentado al otro lado. Echar un vistazo a aquel rostro querido y sencillo hizo que se reprendiera a sí misma por actuar siempre en el papel de la perfecta idiota.

Tranquilo, sin complicaciones y amable. ¿Qué más se podía pedir?

Libros de seda